

Bibliotecas, el rastro del conocimiento

“El conocimiento es una complejidad empaquetada para atravesar la realidad que media entre dos mentes”, escribe el físico y divulgador científico Jorge Wagensberg en su último libro (*A más cómo, menos por qué*. Barcelona: Tusquets, 2006). Si uno se detiene en esta idea y la relaciona con una biblioteca, sea real o virtual, ésta podría entenderse como un almacén de complejidades empaquetadas en diferentes soportes. De hecho, el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación ha abierto un territorio infinito de posibilidades –también retos y nuevas problemáticas– para las bibliotecas. Asimismo, nuevos hábitos sociales, acelerados por la posibilidad de acceder a la información y el conocimiento a distancia, así como necesidades culturales y educativas emergentes han obligado a las bibliotecas a iniciar, ya hace unos años, un “viaje” para repensarse a fondo.

Entre las necesidades emergentes –que son muchas– figura imaginar procesos y actividades que estimulen el interés y la comprensión pública del conocimiento científico. Diversos estudios han disparado las alarmas, no únicamente en nuestro país sino en el conjunto de la Unión Europea: queremos construir la sociedad del conocimiento donde la ciencia, la investigación y la innovación tienen un papel preponderante pero la gente joven no parece estar por la labor. Faltan vocaciones científicas entre los jóvenes. Las razones responden a factores diversos, pero en cualquier caso Europa anda preocupada y quiere cambiar esta tendencia. Por otra parte, la cultura científica de los ciudadanos no está para tirar cohetes. También es cierto que alguien puede preguntarse sobre las razones para preocuparse y ocuparse del saber científico de la población. Los argumentos, como mínimo, son cuatro.

En primer lugar, muchos avances científicos son hitos de la historia de nuestra cultura y los ciudadanos merecen conocerlos.

En segundo lugar, la ciencia y sus aplicaciones afectan a nuestra vida cotidiana. Pensemos, por ejemplo, en todos los artilugios tecnológicos que utilizamos cada día tanto en casa como en el lugar de

trabajo. Condiciona nuestra forma de hacer y de entender el mundo.

En tercer lugar, muchas decisiones políticas están relacionadas con cuestiones científicas (por ejemplo, los límites a las técnicas de clonación, la investigación con células madre o con organismos genéticamente modificados). Y la mejor garantía para que el hacer político resulte genuinamente democrático es un debate público informado, que deje el mínimo espacio posible al sensacionalismo irracional.

Y finalmente, si buena parte de la actividad científica se financia con recursos públicos, es decir con los impuestos que pagamos todos, dicho apoyo debería fundamentarse cuando menos en un nivel mínimo de conocimiento ciudadano.

Una sociedad culta, también científicamente, tiene respeto por el saber y cuenta con un gran activo democrático: la capacidad de los ciudadanos de influir en la toma de decisiones políticas que les afectan. La otra cara de la moneda, un déficit en la comprensión pública de la ciencia, despierta miedos irracionales y tergiversa las decisiones políticas.

Divulgación y comprensión pública de la ciencia

Si aceptamos estos argumentos, el siguiente paso es impulsar actividades, iniciativas, proyectos que estimulen el interés por la ciencia y también la mirada crítica sobre la investigación. Los actores son muchos y las responsabilidades distintas. Pero ¿qué pueden hacer las bibliotecas por la divulgación de la ciencia y su comprensión pública?

De hecho, ya hacen cosas. Los libros de divulgación han ganado espacio en las bibliotecas.

El Consorcio de Bibliotecas de Barcelona mantiene una política de especialización temática de cada centro y este año 2007 ha decidido que el Centre Cultural Sagrada Família albergue una biblioteca especializada en contenidos y actividades científicas que ya ha sido inaugurada. En este espacio y durante este otoño se expone una colección de cómics cuyos

protagonistas son investigadores famosos y también manuales gráficos que explican teorías científicas. El objetivo es mostrar que el cómic también es uno de los lenguajes posibles para hacer llegar el saber científico a los ciudadanos.

Asimismo, el Consorcio de Bibliotecas ha organizado un recorrido a pie por los rincones de Ciutat Vella y la zona marítima que resultaron claves en la historia del desarrollo de la ciencia en Barcelona. Desde hace unos años también organiza ciclos de conferencias que han tenido una buena acogida. Por ejemplo, el ciclo *Visiones de la ciencia* donde a partir del entorno cotidiano, de los objetos que nos rodean o de los alimentos que cocinamos se explicaba toda la ciencia incorporada. El químico Claudi Mans habló de la cocina de casa como un laboratorio químico; Claudi Alsina sobre las matemáticas que esconden los edificios singulares; y Josep Enric Llebot sobre la relación entre la física y diversos deportes, entre otros temas. Otro ejemplo es el ciclo *Hacer ciencia, cosa de mujeres*, organizado a raíz del centenario del nacimiento de Rachel Carson, autora de la obra *La primavera silenciosa*, un libro clave en el origen del movimiento ambiental. El ciclo presentaba el caso de ocho mujeres—Hypatia de Alejandria, Marie Curie, Ada Augusta Byron, Dolors Aleu, Dian Fosey, Gertrude Belle Elion, Rita Levi Montalcini y Rachel Carson—que han destacado por sus aportaciones a la comprensión del mundo y de los seres humanos. Este tipo de actividades son una buena fórmula para estimular el interés de los ciudadanos por la ciencia y por tanto habría que darles más peso del que ya tienen en las políticas de las bibliotecas.

Pero si las bibliotecas aspiran realmente a tener un papel relevante como agentes activos en la construcción de la sociedad del conocimiento y en la divulgación del saber científico, el gran territorio de oportunidad es Internet, es la Red. Es un espacio estratégico, para innovar y para repensarse como organizaciones.


Los retos de las organizaciones

Hoy en día todas las organizaciones, sea cual sea la naturaleza de su actividad, enfrentan unos retos muy parecidos: conseguir una mayor eficiencia en la comunicación, tanto interna como externa; generar información y conocimiento en el momento preciso; y optimizar sus recursos humanos y tecnológicos para lograr sus objetivos. Desde este punto de vista, la Red es un espacio de oportunidades. Aplicarse en construir la parte virtual de la organización ofrece la oportunidad de ampliar el radio de acción e influencia, coordinar los recursos a otra escala, establecer alianzas impensables hace pocos años, o ejecutar proyectos que no pueden ocurrir en otro lugar que no sea la Red.

El modelo de producir y distribuir información y conocimiento se ha transformado por la aparición de Internet. La información y el conocimiento que hoy necesita una organización ya no está únicamente entre sus paredes, en el saber y la experiencia acumulada de sus miembros. También circula dispersa y caótica en redes electrónicas abiertas. Si las organizaciones se acercan a estas redes, pueden trascender sus límites físicos y ponerse en contacto con personas, colectivos o entidades que disponen de conocimiento y experiencias valiosas en muchos casos para sus propios objetivos. Por supuesto, organizar este tipo de flujos de información es complejo pero posible.

En cualquier caso, el entorno virtual facilita los procesos de colaboración, la compartición del conocimiento que ya existe y también la creación de conocimiento nuevo mediante el contacto de personas o entidades que difícilmente, sin las redes abiertas, se encontrarían. El salto por parte de las organizaciones, por ejemplo las bibliotecas, hacia un trabajo en colaboración en Red—con sus usuarios, con otras instituciones como, por ejemplo, las universidades—es mucho más que estar en Internet o quedarse en los rasgos más evidentes de la Red. Más bien se trata de sumergirse en la complejidad del nuevo proceso de comunicación mediante la creación de espacios virtuales, dotarse de herramientas adecuadas para la construcción de bases de conocimiento y contar con unos profesionales capacitados para organizar, estructurar los flujos de comunicación y generar, finalmente, productos tangibles de conocimiento.

Las reflexiones anteriores son de largo alcance y presuponen que las bibliotecas quieren tener un papel protagonista en la sociedad del conocimiento. Hay pasos previos que deben recorrerse todavía.

El primer punto clave a la hora de construir la sociedad del conocimiento es dejar rastro de lo que ocurre. Hoy no tiene sentido organizar una conferencia, un acto de cualquier naturaleza, sino tiene su consiguiente versión en el espacio que la organización tiene en la Red. En forma de texto, de archivo sonoro, de grabación... tiene que estar en la Red, organizado y accesible. Esto es empezar a construir de verdad la sociedad del conocimiento. Sea en el ámbito de la ciencia, de las artes, del medio ambiente, del pensamiento... hay que preparar la materia prima para que luego ocurran los procesos de interacción y reelaboración del conocimiento en redes abiertas y colaborativas. Y hay que hacerlo a partir de la premisa de que todo conocimiento es transmisible, incluso la más difícil de las teorías científicas. 

Lluís Reales

Licenciado en Ciencias de la Información. Director del programa *Einstein a la platja* de Barcelona Televisión. Profesor de la UAB